

Paisajes Regenerativos: cuando el territorio late

El territorio late cuando la naturaleza y las personas vuelven a respirar al mismo ritmo. Frente a un modelo que agota sus propios cimientos, los paisajes regenerativos emergen como una respuesta lúcida y necesaria: transformar la manera en que producimos, consumimos y habitamos el planeta.



Ricard Martínez
Programme Manager de Nactiva

No se trata solo de conservar, sino de reactivar los procesos que sostienen la vida. Desde los campos agrícolas hasta los humedales, la regeneración demuestra que la naturaleza puede ser la mejor aliada del progreso. El Delta del Ebro es hoy un ejemplo vivo de cómo devolverle al territorio su pulso vital.

LA NATURALEZA COMO INFRAESTRUCTURA VITAL

La naturaleza es el sistema circulatorio de nuestros territorios. Los ríos son las venas que transportan vida; los bosques, los pulmones que filtran el aire; los suelos, el tejido que sostiene y alimenta todo lo demás. Y, como en cualquier organismo, cuando se interrumpe el flujo o se debilita el pulso, el cuerpo entero enferma.

Durante décadas hemos medido el progreso por la

cantidad de carreteras construidas, el PIB o los porcentajes de crecimiento. Pero mientras el capital construido se ha duplicado, el capital natural ha disminuido un 40%. Así, surge una pregunta inevitable, ¿podemos seguir llamando progreso a un modelo que agota la base misma que lo sostiene?

Esta degradación pone en riesgo la amplia red de servicios que la naturaleza nos presta sin factura: desde los alimentos, el agua potable y los materiales biológicos que usamos, hasta los servicios menos visibles pero esenciales como la captura de carbono, la protección frente a la erosión o la polinización de cultivos.

Si observamos la naturaleza como un sistema diseñado para sostenernos, cumple funciones propias de una infraestructura compleja: un bosque actúa como planta de tratamiento de aire y sumidero de carbono;



un humedal como estación depuradora y regulador de inundaciones; un suelo fértil como embalse subterráneo y depósito de nutrientes. Y cuando esta infraestructura viva se degrada, los costes son inmediatos y visibles, causando desde inundaciones cada vez más frecuentes, pérdida de cosechas, o encarecimiento del agua y de productos básicos como el aceite, el cacao o el café.

Se estima que más de la mitad del PIB mundial depende directamente de los ecosistemas naturales. Sin su regulación del clima, sus suelos fértiles y su agua limpia, la economía no solo pierde valor, sino que pierde su pulso vital.

PAISAJES REGENERATIVOS: TERRITORIOS QUE PRODUCEN Y RESTAURAN

Entonces, ¿qué pasaría si tratáramos nuestros territorios no como escenarios de producción - extracción, sino como organismos vivos capaces de regenerarse y prosperar? Esto es justo lo que propone la regeneración: pasar de "minimizar el daño" a reactivar los procesos que sostienen la vida.

Un paisaje regenerativo es aquel donde la economía, la sociedad y la naturaleza laten al mismo ritmo. Donde

la agricultura no solo produce alimentos, sino que mejora los suelos y retiene agua. Donde el turismo no solo observa, sino que ayuda a conservar. Y donde la inversión no extrae valor, sino que lo devuelve al territorio en forma de fertilidad, biodiversidad y bienestar.

Estos paisajes no se limitan a proteger, sino que funcionan como sistemas vivos que generan valor ecológico, económico y cultural a la vez. Los suelos regenerativos capturan carbono y producen alimentos más sanos; los bosques gestionados previenen incendios y crean empleo local; los humedales restaurados almacenan agua, frenan las tormentas y devuelven biodiversidad.

Cada práctica es como un órgano que contribuye a la salud del conjunto. Y cuando agricultores, empresas, administraciones y comunidades se conectan, el territorio recupera su resiliencia y su pulso económico, basado en la salud de sus ecosistemas.

Hoy, estas transformaciones ya están en marcha. En Andalucía, la asociación AlVelAl ha regenerado más de 4.000 hectáreas de suelos agrícolas, combinando reforestación, cultivos regenerativos y desarrollo local. En la Toscana italiana, proyectos de turismo han dado





nueva vida a antiguas fincas rurales, uniendo hospedaje, agricultura y educación ambiental. En Costa Rica, la restauración de bosques y manglares ha devuelto biodiversidad y multiplicado el valor turístico del territorio.

Son señales de que el pulso del territorio —aunque debilitado— aún late, esperando ser fortalecido por una visión colectiva capaz de cuidar lo que nos cuida.

EL DELTA DEL EBRO: UN FARO PARA EL MEDITERRÁNEO

Mirando a lo que tenemos más cerca, el Delta del Ebro resume como pocos territorios el desafío y la oportunidad de reconciliar naturaleza y economía. Con una superficie de más de 320 km², produce cerca del 20% del arroz español y acoge cada año a más de 1,3 millones de visitantes. Pero este equilibrio, fruto de siglos de interacción entre el río, el mar y la mano humana, hoy pende de un hilo: la regresión costera, la intrusión salina y la pérdida de sedimentos amenazan su base ecológica y su viabilidad agrícola.

En este contexto, junto al Centro de Resiliencia Climática (Eurecat), SEO/BirdLife y otros actores locales, desde Nactiva trabajamos para que el Delta se convierta en un paisaje regenerativo de referencia en el Mediterráneo. La meta es restaurar su funcionalidad ecológica y, al mismo tiempo, activar cadenas de valor sostenibles que generen empleo, ingresos y orgullo territorial.

Esto implica acompañar a los agricultores en la transición hacia un modelo de arroz ecológico y regenerativo, que mejore los suelos, reduzca emisiones

y refuerce la economía local. Supone también crear una red de alojamientos y experiencias de turismo regenerativo, que conecten biodiversidad, cultura y bienestar. Y, sobre todo, recuperar humedales y zonas naturales que actúen como barreras naturales frente al cambio climático, devolviendo al territorio su capacidad de protegerse a sí mismo y de potenciar la biodiversidad.

Cada una de estas piezas (agrícola, natural, turística y social) forma parte de un mismo sistema. El propósito no es solo conservar, sino volver a darle pulso al paisaje: convertir el Delta en un espacio que produzca vida, en todas sus formas, y demuestre que otro modelo de desarrollo en el Mediterráneo es posible.

DE LA TEORÍA A LA ACCIÓN: RECONSTRUIR LAS CADENAS DE VALOR

Durante años hemos acumulado diagnósticos, estudios y metodologías. Pero el conocimiento, por sí solo, no cambia los territorios. El verdadero reto es transformar lo aprendido en acción, y para ello necesitamos modelos económicos que funcionen en la práctica.

En Nactiva, trabajamos precisamente en esa frontera: convertir la regeneración de la naturaleza en motor de valor real. Esto implica rediseñar las cadenas de valor territoriales, desde la tierra hasta el consumidor, para que cada eslabón —propietarios, agricultores, transformadores, distribuidores, operadores turísticos o financieros— pueda generar beneficios mientras regenera.

Cuando un agricultor mejora su suelo y aumenta su fertilidad natural, cuando un alojamiento turístico conserva un ecosistema en lugar de degradarlo, o cuando una empresa invierte en restaurar un humedal que previene inundaciones, el territorio recupera su pulso económico y ecológico.

La regeneración, entendida así, no es un coste añadido, sino una nueva forma de eficiencia: producir valor económico mientras se repara la base natural que lo hace posible.

Así pues, reconocer la naturaleza como infraestructura significa cambiar nuestra forma de invertir, producir y decidir. Implica canalizar recursos —públicos, privados y filantrópicos— hacia proyectos que restauren la base ecológica de nuestra prosperidad.

El reto no es técnico, sino cultural: atrevernos a redefinir el progreso.

Y el Delta del Ebro puede ser ese laboratorio vivo donde demostrar que regenerar la naturaleza no es una utopía, sino una estrategia inteligente para garantizar futuro, empleo y bienestar. 🌈